

1 de junio: Ascensión del Señor / C
8 de junio: Domingo de Pentecostés / C
15 de junio: Santísima Trinidad / C
22 de junio: Cuerpo y Sangre de Cristo / C

Otros materiales:
 El Credo
 nicensoconstantinopolitano

El Espíritu Santo irradia la luz de la esperanza

Este año toda la liturgia queda enmarcada en el año jubilar 2025, que lleva por lema *Peregrinos de esperanza*. En el Adviento, tiempo de esperanza, pudimos preparar el Jubileo reflexionando la bula del papa Francisco *Spes non confundit* (*La esperanza no defrauda*). Durante la Cuaresma, tiempo de conversión, hemos hecho experiencia de la gracia y el perdón de Dios que se nos ofrece de una manera especial en el Año santo con el don de la indulgencia. Y ahora estamos en tiempo de Pascua, en que Jesús resucitado nos envía a ser testigos de esperanza y a ofrecer a nuestro mundo signos de esperanza. El Espíritu Santo, culminación de la Pascua del Señor, se convierte en un motor esencial en este sentido. De hecho, la cita entera de san Pablo que da título a la bula dice así: «Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5). Y el Papa lo explica así: «En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida» (núm. 3). Ojalá vivamos esta Pascua, y este Pentecostés, como un impulso para vivir y ofrecer la esperanza.



¿Pedirle cosas a Dios? ¡Desde luego!

En la revista *Religión digital* ha aparecido un artículo firmado por Jairo del Agua, un laico y padre de familia, autor de publicaciones diversas de tema cristiano, que ha alborotado el gallinero. El tema que plantea no es nuevo, pero me han venido ganas de contestarle por el tono prepotente que usa.

El autor defiende que se necesitan cambios en el lenguaje litúrgico, y en concreto destaca que, para él, es una barbaridad pedirle cosas a Dios. Y propone, en concreto, substituir, sistemáticamente, todas las fórmulas de petición o de deseo por fórmulas de afirmación. Por ejemplo, en la misa, decir «El Señor está con vosotros», y no «El Señor esté con vosotros»; «Señor, tú tienes piedad», y no «Señor, ten piedad»; y así sucesivamente. Tampoco tiene sentido, dice Jairo del Agua, decir «Acuérdate, Señor, de...», sino «Señor, tú te acuerdas...». Ni «Te pedimos». En la misma línea, dice que se debería eliminar la oración universal o de los fieles, o, si acaso, sustituirla por una presentación ante Dios de las cosas que nos hacen sufrir, unida a la afirmación de que estamos dispuestos a comprometernos a evitar que estos males sucedan.

Un servidor, como los lectores quizá recuerden, más de una vez he dicho en estas páginas que hay que cambiar

el lenguaje litúrgico y usar un lenguaje más cercano, más comprensible, más arraigado en nuestro mundo y en nuestro modo de vivir. Lo he dicho y lo sigo diciendo. Pero no en el sentido de este artículo que comento.

El artículo tiene, como trasfondo, una lógica que parece irrefutable. Según él, son dos los motivos por los que hay que cambiar el lenguaje. El primero, el hecho de que Dios ya está entre nosotros, y no tiene sentido desear que esté; que Dios ya tiene piedad de nosotros y, por lo tanto, no tiene sentido pedir que tenga piedad; que Dios ya se acuerda de nosotros y de todos los hombres y mujeres del mundo con todas sus necesidades, y, por lo tanto, no tiene sentido recordárselo... Y el segundo, que Dios no tiene una varita mágica para arreglar los problemas del mundo, y que esta tarea está en nuestras manos, o sea que pedirle a Dios que se termine el hambre en el mundo, por ejemplo, es solo una manera de sacarnos las responsabilidades de encima.

La lógica parece irrefutable, pero si uno lo mira bien, de hecho no termina de funcionar. Jesús mismo, recordémoslo, está de acuerdo, en parte, con estos argumentos: «Vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis» (Mt 6,8 y 32). Pero no por eso deja de invitarnos a pedirselo: «Pedid y se os dará [...] Pues si vo-

sotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden!» (Mt 7,7-11). Y en la oración que él nos enseñó, y que es el modelo de toda oración cristiana, nos invita a pedirle que nos dé el pan de cada día, y que nos perdone las ofensas, y que nos libere del mal. O sea que, por mucho que Dios sepa qué necesitamos, y qué necesita el



mundo, y por muy convencidos que estemos de que Dios vierte siempre sobre nosotros y sobre el mundo su gracia y su amor, esto no quita que podamos dirigirnos a Dios planteándole nuestras necesidades y pedirle su ayuda.

Y esto no es en absoluto contradictorio, porque la lógica de las relaciones con Dios no es la estricta lógica humana. A Dios no lo tratamos como tratamos a un amigo o amiga. Ni la relación con él está en el mismo nivel que las habituales relaciones humanas. De Dios, todo lo que sabemos son analogías e intuiciones. Y sabemos, también, las líneas de aproximación que Jesús nos ha mostrado, la principal de las cuales es que es Padre y Madre, y Amor total. Y sabemos, obviamente, que él está en el inicio, al final, y en

el fondo de toda realidad, incluyendo nuestra realidad humana. Y con todo eso, si nos acercamos a él, no lo hacemos con la lógica de acercarnos a un Súper-Ser que ya lo tiene todo hecho, decidido y organizado, sino con la lógica de quien se acerca al Padre,

al Abbá que Jesús nos dio a conocer. Y así nos presentamos a él, expresándole nuestras inquietudes, grandes o pequeñas, sin pretender saber qué hace él con nuestras peticiones. Pero allí

quedan, y como mínimo a nosotros nos dan la energía y el empuje de tenerlo implicado en ello.

Sí, ciertamente, lo que más tenemos que pedir es la fuerza para caminar por el camino de Jesús, y el don del Espíritu para que nos acompañe. También haremos bien en pedir por los dolores del mundo, pero sin pensar que el hecho de hacerlo nos permita desentendernos de ellos por la parte que nos toca. Y, finalmente, no nos tiene que dar miedo pedirle a Dios por problemas o necesidades más cotidianas, personales o de nuestro entorno, para que nos eche una mano, ni que sea solo en forma de coraje para afrontarlas.

JOSEP LLIGADAS
Artículo publicado en el blog

Solemnidades litúrgicas

Pentecostés

La solemnidad de Pentecostés reúne diferentes contenidos y significados que se han acumulado a lo largo de la historia. En primer lugar, encontramos el nivel probablemente más antiguo, que es la cincuentena pascual. Siguiendo la tradición bíblica del calendario de Israel, la Iglesia alarga la celebración de la Pascua durante cincuenta días. Es el tiempo de la alegría, el *laetissimum spatium*, que es como una extensión del Gran Domingo en el que celebramos la resurrección del Señor. La lectura continua del libro de los Hechos de los Apóstoles es una reminiscencia de este primer sentido de Pentecostés. Progresivamente, aparece un segundo nivel que se centra en el quincuagésimo día de este periodo, que es visto como el «sello» de la Cincuentena. Esta evolución conllevó, al mismo tiempo, que la palabra Pentecostés, que de hecho quiere decir cincuentena, se aplicase más bien al último día de este periodo. Aparecen dos tradiciones en relación con el contenido de lo que se celebra este último día de la cincuentena pascual. Una pone el acento en la Ascensión del Señor y la otra lo pone en el don del Espíritu Santo. Cada una de ellas se basa en textos del Nuevo Testamento y en los comentarios de diferentes Padres tanto de Oriente como de Occidente. El último nivel que identifican los estudiosos, el más notable de ellos, es Robert Cabié, en su libro clásico *La Pentecôte*, es el que

fija la celebración de la Ascensión el día cuadragésimo dentro de la Cincuentena y deja para el último domingo la memoria del don del Espíritu Santo.

Como decíamos al inicio, estos diferentes niveles de contenido y de significado de Pentecostés no se excluyen mutuamente, porque la historia de la liturgia actúa orgánicamente, es decir: por superposición de los elementos más que por sustitución de unos por los otros. Por eso hoy podemos considerar todos estos significados en la celebración de Pentecostés. Es, primero de todo, la extensión durante cincuenta días de la alegría pascual; es la celebración del misterio de la pasión, muerte, resurrección y ascensión del Señor, con el don del Espíritu que deriva de él, como un solo domingo. El día cuarenta de este periodo toma un tono especial para la conmemoración de la Ascensión del Señor. Como ya sabemos, la Ascensión no es la desaparición del Cristo, ni es el abandono de los discípulos y de la Iglesia a su suerte en medio del mundo, sino que es el inicio de una nueva presencia del *Kyrios* en la comunidad de los fieles, una presencia que encuentra su máxima expresión en la liturgia. Pentecostés es, aún, la fiesta del don del Espíritu Santo, que es el Maestro interior de la vida cristiana, que es su co-protagonista porque es la fuente de gracia que restaura en nosotros la imagen querida por Dios.



El Credo niconoconstantinopolitano

Este año celebramos el 1700 aniversario del Concilio de Nicea del 325, el primer concilio ecuménico al que fueron, según la tradición, 318 obispos convocados y presididos por el emperador Constantino. Por primera vez se redacta un *Credo*, esclareciendo la *humanización de Dios* en Jesús de Nazaret. Más adelante fue ampliado en el Concilio de Constantinopla de 381, y por eso es conocido como niconoconstantinopolitano. Es el que aquí se expone y recita en los domingos y solemnidades.

1 Dios Padre. El Credo nos propone la fe en **Dios Padre** de la siguiente manera:

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

El Credo presenta la fe en Dios como algo que afecta profundamente a nuestros «orígenes». Primero, afirmamos que este Dios es el que creemos es uno solo. Esto nos pone en guardia contra los ídolos, es decir, confundir de dónde y de quién nos viene la salvación.

El Credo nos hace afirmar que Dios es Padre. También relacionado con la liberación de Egipto, Dt 8,1-6 dice: «Reconoce, pues, en tu corazón, que el Señor, tu Dios, te ha corregido, como un padre corrige a su hijo». Los judíos ven en la imagen del Padre a un Dios que educa. Dios como educador pasa por encima de ideas que podrían atribuirle una «deformada función machista del padre» según nuestra mentalidad.

El Credo nos hace decir que Dios tiene un gran poder creador, creador de todo (lo que se ve y lo que no se ve). Según lo que hemos visto hasta ahora, se entiende que este poder es una clara muestra del papel de Dios como salvador-liberador. No es que Dios fabrique absolutamente todas las cosas. Es más bien que la fe nos hace reconocer a Dios en todo lo visible o invisible, que nos mantiene como salvados.

En muchas iglesias románicas aparece la figura de Jesucristo *Pantocrátor* (Todopoderoso). Es una figura majestuosa de un Jesús sentado en un trono. De hecho, esta figura la Biblia la aplica preferentemente a Dios Padre. El Antiguo

Testamento habla del Dios Todopoderoso como del «Dios de los ejércitos» o del «Dios del Universo». Imagen de un gran Rey que defiende la justicia y el derecho de los pobres. ¡El Dios Todopoderoso es el que hace justicia! La justicia «invisible» se hace «visible» en Dios, y en los que creen en Él. Fijémonos en lo que dice 2Pe 3,13: «Pero nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia».

El Dios Todopoderoso es el que recrea continuamente un mundo (cielo-tierra; Él y nosotros) donde habita la justicia. El profeta Isaías explica exactamente lo mismo con unas imágenes preciosas (cf. Is 65,17-25). También puede verse en Ap 21,1-8, donde se une con la idea de ser hijos de Dios. A partir de aquí, nos daremos cuenta de las implicaciones que puede tener el orar como lo hacemos en el Padrenuestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Se entiende, pues, que en este carácter todopoderoso de Dios está su providencia-solicitud amorosa. Ef 1,5: «Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos».

La solicitud amorosa de Dios va vinculada a la experiencia de fe, y consecuentemente a la experiencia de conversión siempre que es necesario. Así lo expresa Jr 3,19-22: «Yo me había dicho: Quisiera contarte entre mis hijos y darte una tierra envidiable en

heredad: la perla de las naciones. Esperaba que me llamaras "padre mío", que nunca te apartaras de mí. Pero lo mismo que engaña una mujer a su marido, así me engañó Israel –oráculo del Señor–. Se escucha un clamor por las colinas: el llanto afligido de los hijos de Israel por haber extraviado el camino, olvidados del Señor su Dios. Volved, hijos apóstatas, yo curaré vuestra apostasía». Con este trasfondo se pueden situar las tres parábolas (la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo) de Lucas 15.

2 Dios hijo. El Credo nos propone la fe en **Jesucristo** de la siguiente manera:

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

La fe en Jesucristo es resumida como si fuera un «itinerario», un «acompañamiento» de Dios. Si Dios, de entrada, nos puede parecer algo un poco indefinido, en la encarnación del Hijo lo tenemos muy cerca y lo podemos reconocer como Dios-con-rostro-humano (el Emmanuel, el Dios-con-nosotros). El itinerario va desde la intimidad de Dios, hasta su abajamiento y hacerse hombre; es la humanización de Dios. Pasa por la pasión, la muerte y la experiencia de resurrección de Jesús. Vuelve a la intimidad de Dios, a la cual, ahora, todos tenemos acceso. Y sigue haciéndose presente entre nosotros, continuamente, sin fin, en su Reino (en la vida evangélica). Vuelve como «criterio»: a partir de Él podemos reconocer si vivimos auténticamente.

3 Dios Espíritu Santo. El Credo nos propone la fe en el **Espíritu Santo** de la siguiente manera:

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas.

A continuación, el Credo vincula la fe en el Espíritu con la vida de la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Y termina **profesando/confesando** un solo bautismo para perdonar los pecados y **esperando** la resurrección de los muertos y la vida de los mundos futuros.

¿Qué confesamos con estas palabras sobre el Espíritu Santo?

- ❖ *El Espíritu es santo.* El Espíritu es Dios porque solo Dios es santo. Las criaturas son santificadas por el Espíritu y solo se puede santificar si se es santo por naturaleza. El Espíritu Santo santifica y es, pues, santificante.
- ❖ *Es Señor y dador de vida.* Jesús es el Señor. El Espíritu Santo es Señor, por lo tanto, tiene la misma categoría que Jesucristo. 2Cor 3,17: «Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad». Rom 8,2: «Pues la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha librado de la ley del pecado y de la muerte». El Espíritu vivifica, y si vivifica, diviniza. Jn 6,63: «El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida». 1Cor 15,45: «Efectivamente, así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante». 1Cor 3,6: «El cual nos capacitó para ser ministros de una alianza nueva: no de la letra, sino del Espíritu; pues la letra mata, mientras que el Espíritu da vida».

- ◇ *Procede del Padre (y del Hijo).* Jn 15,26: «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre [*qui a Patre procedit*], el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí». 1Cor 2,12: «Pero nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos». La determinación sobre el Hijo hizo que los latinos añadiéramos la expresión *Filioque* (y del Hijo).
- ◇ *Con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria.* Estrecho vínculo con la liturgia. La adoración y la gloria es para los tres.
- ◇ *Habló por los profetas.* 2Pe 1,21: «Pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios»

¿Qué hay que destacar del Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es presentado como un don. Como el don. De hecho, es la donación del Padre y del Hijo. La adoración y la glorificación son nuestra respuesta agradecida a la presencia divina en nuestra vida y en la vida de los demás. Por esto, el Espíritu tiene y da la dimensión de la santidad-santificación. Es decir, que el Espíritu re-

mite a lo que llena de verdad, que nos supera, que va más allá de nuestros recursos... La acción del Espíritu consiste precisamente en infundir la vida. El signo de esta vida está en la palabra profética, que en el Nuevo Testamento (en Pentecostés) da a los apóstoles y a todo cristiano la misión de «hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua» (Hch 2,11). El Espíritu Santo tiene un nombre divino (Señor), unas funciones divinas (divinizar y santificar), un origen immanente por procesión (es su rasgo característico, no es hijo, no es engendrado como el Hijo), y tiene un culto supremo conjunto igual al Padre y al Hijo (Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo).



Corpus

La solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo es un ejemplo típico de una fiesta de origen local que, con los siglos, se extiende e incorpora al calendario de la liturgia romana. Es muy conocido que esta solemnidad se celebró por primera vez en Lieja (ahora Bélgica) en 1247 por la influencia de Joana de Mont-Cornillon, que en 1208 había tenido una visión del Señor en la que este le había hecho notar que faltaba una gran fiesta en el calendario para honrar el sacramento de la Eucaristía. Junto con esta devoción local se produce el fenómeno de los llamados «milagros eucarísticos», que siguen un mismo patrón: un eclesiástico tiene dudas sobre la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía y un hecho milagroso le permite captar con sus sentidos esta realidad y así reafirmar su fe. En 1264 el papa Urbano IV, impresionado por uno de estos milagros, que se produjo en Bolsena, cerca de Orvieto (Italia), que era donde residía en aquel momento, instituyó la nueva solemnidad de Corpus con la bula *Transiturus*. Los textos eucológicos, tanto de la misa como del oficio de esta solemnidad, se atribuyen a santo Tomás de Aquino. La antropología nos ha enseñado que la introducción de nuevas fiestas al calendario no es fácil, no se lleva a cabo inmediatamente. Eso también pasó con el Corpus, tanto más que el papa Urbano IV murió dos meses después de instituir la y, por lo tanto, no pudo influir

en su difusión. No fue hasta principios del siglo XIV cuando su implantación se generalizó en el Occidente latino. Hay que decir que, con todo, la procesión solemne por fuera de las iglesias, que en nuestros días es uno de los rasgos característicos de esta solemnidad, no formaba parte de las celebraciones originales y que no fue aceptada en la ciudad de Roma hasta el siglo XV.

Los textos, tanto de la misa como del oficio, mostrando el fundamento bíblico de la Eucaristía, tanto en relación con los episodios del Antiguo Testamento que la prefiguran, como a los del Nuevo Testamento que son testimonio de ello, resumen muy bien su contenido sin olvidar la dinámica sacramental con la que tiene que ser entendida y vivida. La antífona del *Magnificat* de las II vísperas, *O sacrum convivium*, es un ejemplo claro. El texto afirma que en este convite que es la Eucaristía, en referencia a la cena pascual donde encuentra su origen, recordamos la pasión de Cristo, en el sentido fuerte del «hacer memoria» (*zikkaron*) bíblico, *nos llenamos de su gracia*, porque en la comunión eucarística se renueva en nosotros el don del Espíritu Santo y *se nos da una prenda de la futura gloria*, es decir, la comunión con el Señor resucitado, que esperamos y deseamos que sea plena e inmediata en la gloria del cielo, y que ya se nos empieza a dar como prenda sacramental mientras somos peregrinos en este mundo.

Cien años de la JOC

En 1925, el presbítero belga Joseph Cardijn fundó la JOC (Juventud Obrera Cristiana). Y con la JOC hizo operativas unas intuiciones que el Concilio Vaticano II, cuarenta años más tarde, asumió plenamente.

Cardijn supo leer los signos de los tiempos: la distancia cada vez más grande entre la Iglesia y el mundo obrero, menestral e industrial, que percibía cómo la intuición eclesial se alineaba con los grandes poderes económicos y políticos, mientras que las duras condiciones laborales y de vida del sector más vulnerable de la población eran ignoradas.

En segundo lugar, Cardijn prestó atención y, sobre todo, confianza, al eslabón más débil del mundo industrial: los aprendices, que se incorporaban al mundo del trabajo de muy jóvenes y eran el burro de carga de todos. La frase «Un joven trabajador vale más que todo el oro del mundo» se convirtió en un intento exitoso de poner en valor la vida de cada aprendiz y de incrementar su autoestima.

En tercer lugar, creyó firmemente en que la Buena Noticia de Jesús es significativa para los jóvenes, que no solo pueden comprender y vivir su sentido, sino que son los que mejor la pueden transmitir a otros jóvenes. Sin paternalismos ni consignas. Con el testimonio de la propia vida. Los

dotó de autoridad y de organización, acompañados de consiliarios, pero protagonistas.

Y, en cuarto lugar, les ofreció un buen método, al alcance de todos, la revisión de vida obrera: estar atentos a nuestro entorno y a las personas que nos rodean, analizar causas y consecuencias de los hechos, contemplarlos con los ojos del Evangelio y actuar para acoger el Reino de Dios. En definitiva, intentar la unidad entre lo que creemos, lo que decimos, y lo que hacemos.

La JOC ha mantenido –y sigue manteniendo– un largo recorrido en todo el mundo. El movimiento ha formado y educado a muchos cristianos, hombres y mujeres, comprometidos con la vida comunitaria eclesial, social, sindical y política. Respetando la libertad personal y la diversidad de opciones.

Nuestro contexto, pasados cien años, es diferente. Pero la desafección eclesial se ha extendido, el desconocimiento de Jesucristo ha crecido, la Iglesia se deshilacha y envejece, y el bien común queda escondido tras el individualismo. La explotación persiste para muchas personas, y el racismo anida entre nosotros. Quizá deberíamos decir en voz muy alta: «Un joven inmigrante sin papeles vale más que todo el oro del mundo».

MERCÈ SOLÉ

La liturgia influye en la Iglesia y la manifiesta

La relación entre liturgia e Iglesia es intrínseca porque las celebraciones influyen en la Iglesia y la manifiestan (cf. *Sacrosanctum Concilium* 26).

La liturgia influye en la Iglesia porque los sacramentos –y toda la vida litúrgica– comunican a los creyentes el misterio de la comunión con Dios, uno y trino (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 1118). Los sacramentos, por tanto, repercuten en los miembros de la Iglesia. Así, por medio del bautismo aumentan los hijos de la Iglesia; por medio de la confirmación la fe de los creyentes es robustecida; por medio de la Eucaristía se alimenta a todos los cristianos para que sean reflejo, en sus vidas, de Cristo que comulgan; por medio de la unción se alivia la enfermedad de los miembros de la Iglesia que sufren; por medio de la penitencia se readmite en la comunidad a los cristianos alejados por el pecado...

Y, además, la liturgia es «la principal manifestación de la Iglesia», como ya había afirmado san Ignacio de Antioquía a finales del siglo I e inicios del II en varias de sus cartas (*A los Magnesios* 7; *A los Filadelfios* 4; *A los Esmirniotas* 8). Esta teología litúrgica de la Iglesia local será

ahondada en los números 11-14 del *Ceremonial de obispos*, publicado en 1984. Como señalará el *Misal*, con el saludo inicial de la celebración («El Señor esté con vosotros») y la respuesta del pueblo («Y con tu espíritu») se «manifiesta el misterio de la Iglesia congregada» (*Ordenación General del Misal Romano* 50).

La manifestación de la Iglesia «se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros» (*Sacrosanctum Concilium* 41). Esta celebración eucarística que es presidida por el obispo diocesano se denomina misa estacional (cf. capítulo 1 del *Ceremonial de obispos*). Además, tiene una expresión ritual específica: se emplean siete candelabros, a semejanza de la liturgia celestial descrita por san Juan donde también ardían siete velas (cf. Ap 1,12-13). Así, la Iglesia local reunida para la celebración eucarística es vista como una expresión de la plenitud del culto que acontecerá en la Jerusalén celestial.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

Una sabiduría de lo alto

Los evangelistas no escatiman recursos para tratar de hacernos experimentar de primera mano cuán difícil fue para los Doce comprender las palabras de Jesús, sus enseñanzas y, sobre todo, el misterio de su pasión, muerte y resurrección. Pensemos también en la dificultad de comprender lo que significaba «resucitar de entre los muertos»; comprender y aceptar las necesidades del reino que anunciaba; la relación de igualdad entre el hombre y la mujer; la libertad respecto de la ley, una fidelidad a Dios fruto de un amor agradecido y no de obligación, una religiosidad no celebrada en ritos sino en justicia; su compasión y confianza incluso para con los pecadores; el perdón que se ofrece sin límites; el rechazo total de la violencia y la venganza...

Entendemos entonces que la cuestión de la «comprensión» no dependía ni del nivel de educación de los Doce ni de su nivel de inteligencia! Jesús, de hecho, utilizaba un lenguaje claro y a menudo acompañado de ejemplos iluminadores. No era cuestión, por tanto, de las palabras, sino del contenido de su mensaje, de esa nueva visión de la imagen de Dios, de esa conciencia de que, a pesar de la lengua, la cultura, la raza... los hombres y las mujeres son todos hermanos y hermanas, hijos del mismo Padre que ama sin manifestar preferencias, de una nueva relación entre el hombre y la mujer a la luz del proyecto inicial... En otras palabras, la verdadera dificultad de comprensión estaba ligada a esta nueva visión de la vida, de las personas y de los acontecimientos ahora leídos, comprendidos y afrontados con la Sabiduría de Dios. Una visión que exigía un cambio copernicano de las propias ideas, hábitos, estereotipos, odio sedimentado, ideas preconcebidas sobre Dios y la humanidad.

¿Y cómo pudieron los Doce entrar en esta nueva visión? He aquí la promesa de Jesús durante la Última Cena con ellos antes de su pasión: «Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por cuenta propia, sino que hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir» (Jn 16,12-13).

Cada año, culminando el tiempo de Pascua, la Iglesia celebra en la solemnidad de Pentecostés el continuo cumplimiento en el tiempo de esta promesa. A quienes lo piden, el Señor vivo y resucitado sigue donando su Espíritu, para que sea él quien nos haga leer, comprender y afrontar los acontecimientos de nuestra vida y de nuestro tiempo con la Sabiduría que viene de lo alto, y que es la única que puede llevarnos a construir un mundo reconciliado, justo y en paz.

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, SSS

Centre de Pastoral Litúrgica

✉ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975